

Cómo.
construir
una
super-
heroína

Sandra Barneda

Cómo.
construir
una
super-
heroína
Sandra Barneda



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Cómo construir una superheroína](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Nunca olvidará el día en el que se despertó y sintió que su vida era como un donut, una rueda de acontecimientos y aventuras a cada cual más jugosa, pero con un gigantesco agujero en el centro de su existencia. Era el día del «todo o nada», de jugársela y, como en la ruleta, esperar a que la bola se detuviera en la casilla deseada. Apenas había amanecido y un rayo de luz se colaba por la brecha de la persiana rota —esa que siempre dice una que arreglará y perdura intacta en el tiempo— cuando sintió un abrupto y violento golpe en las tripas que la dobló en la cama al instante.

—¡Despierta!

Ivanna sabía que no quería saber, se autoconvencía de que allí no había nadie más que ella, su resaca y... su escasa cordura.

—¡Despierta!

No podía concentrarse con aquella voz. El dolor agudo en lo profundo de su estómago era más poderoso que el miedo a sentir que oía voces. Por desgracia, hacía demasiado tiempo que se había acostumbrado a esa sinfonía. «¿Habré conseguido al fin que las drogas me perforen la mente?». Seguía retorcida, hecha un ovillo con las sábanas y sus propias extremidades. En el fondo sabía que había llegado la hora, pero seguía con sus fantasmas, sus voces y sus golpes de irrealidad para no abrir los ojos ese día. No, no era valiente, jamás había sido de las que, en un arranque de sinceridad, dice lo que piensa, hace lo que le da la gana y se queda más ancha que otra cosa. Pertenecía al grupo de las otras, las introvertidas, las de pienso pero no hago y, cuando repienso, lo hago para olvidarme. Jamás había alzado la voz ni manifestado sus deseos más impuros, ni siquiera los más vacuos como: «¡Quiero helado de fresa y odio los de nata!». Ivanna se pasó toda la infancia engullendo helados de nata, practicando ballet clásico y saliendo con el chico equivocado. Su vida evolucionó sin un brote de sinceridad, con demasiados «no sé» que la llevaron al altar y al principio del destierro. Un drama de vida como el de mucha gente de mediana edad que, por no saber ni quiénes eran, se construyeron la vida a pedazos y ahí siguen,

midiendo su felicidad a golpe de materia y número de orgasmos verdaderos.

Seguía estirada, revolcada, mimetizada con la cama. Intentó sin éxito varias veces la cuenta atrás, pero sus ojos se arrugaban con fuerza a cada intento y se metían más para dentro. Su matrimonio apenas duró cuatro polvos y el tiempo suficiente para colgarse el cartel de «inútil de por vida». Su ex, Roberto *el Perfecto*, había rehecho su vida con la hermosa mujer hostil meneaculos que hace girar miradas con la facilidad de un chasquido de dedos. Ivanna intentó ser de esas que roban el alma con solo respirar; también de las otras, las que deciden esconderse en su madriguera —la suya, de cuarenta míseros metros cuadrados—. Pero ni supo convertirse en un símbolo sexual, ni en un alma que roza la locura al convertir su espejo en su álter ego.

En vez de permitir que el pozo en el que había caído fuera cada vez más profundo, ella decidió construirse un álter ego. Decidió soñar y expresar frustraciones. Como quien hace pasteles para dar rienda suelta a su ansiedad, Ivanna creó una superheroína de cómic, de película romántica del tres al cuarto. Supo encontrar su otro yo. Alguien que viviera lo que ella no se atrevía, que dijera lo que necesitaba sin aplastarse de culpa y que se convirtiera en una abanderada de toda una lista de necesidades, deseos y proclamas reivindicativas.

Solo necesitó un ordenador, un lápiz y una tableta para construir lo que empezó como una vomitera y terminó como su sustento. ¡Nació Vania! La bloguera de mayor influencia del país, porque simplemente es ¡divina!, ¡casi perfecta y sin pelos en la lengua! Una experta en temas amorosos, con arrebatos, mucha cara y más clase que la inventada. La mujer, el mito que todas llevamos dentro y con el que vivimos esperanzadas con encontrarnos. Vania se creó a caballo entre la imaginación y la frustración de Ivanna y terminó por ser la mujer más perseguida del país de la moda, la tendencia y las revistas femeninas. Después de dos años de excusas y misterios sin resolver, había llegado el día de salir de la madriguera y convertirse en su álter ego. De ser valiente, prepotente, segura de sí misma y tremendamente sexi. Había llegado la hora de darse el mayor batacazo de su vida o de salir de su exilio forzado. Hacía más de dos años que Ivanna había renunciado a una vida convencional y se había visto obligada a vivir como una superheroína pero al revés; la normal se queda en casa salvo en contadas ocasiones, cuando apenas se sabe que va a ser vista, para dar rienda suelta a la heroína. Sus amigos la habían dado por loca, su ex definitivamente se olvidó de ella, y sus padres... Ellos ya intuían que las rarezas de su hija terminarían por inundarla y convertirla en una asocial.

—Ivaaaaanaaaaa... ¡Despiertaaaaaaaaaa!

No podía soportarla. Sentía su prepotencia, sus deseos de éxito... Vania seguía llamándola al orden. A que saliera de la cama, a que cumpliera con lo prometido y la dejara salir al fin. ¿Se estaba volviendo loca? No recuerda la primera vez que sintió ese desdoblamiento. ¿Cómo comenzó a hablar por sí sola su creación? ¿Cuándo fue la primera vez que contestó y mantuvo la primera conversación? Ivanna se dejó llevar por el aburrimiento de la soledad, el peligro de no conversar con nadie, de estar día tras día enganchada al maravilloso mundo virtual sin más vida que la comida rápida y los mensajeros que llamaban a casa para llevarle las compras hechas con *PayPal*. Lo más excitante que le pasó en esos dos años fue follarse a un mensajero, casado, medio calvo pero muertito de deseo por ella. «¡Los calvos tienen sus ventajas!». A veces nos dejamos llevar más por lo que los demás sienten que por lo que nosotros sentimos. Ivanna lo hizo aquella tarde, tener sexo con un desconocido, sexo físico, porque en cuanto al cibersexo era toda una experta. Se revolcó un par de veces con el Hombre Paquete en la cama de muelles que heredó de su abuela. Hizo crujir la cama de lo lindo, se divirtió y, por unas horas, dejó de sentirse una forastera, rozando la normalidad. Los espejismos duran apenas un instante; subida de bragueta y un portazo en las narices antes de apuntarse su móvil.

—¿Estás loca? Estoy casado, te acuerdas?

Aquella noche de tequilas y algún que otro Valium fue la primera que vez que la vio. «¿Será posible?». Con su pelo lacio, sus pitillos, su camiseta ajustada y sus botas de aguja. Lo que al principio fue una visión borrosa, quizás por el exceso de sal con el tequila, al final fue traspasando la barrera de lo irreal a lo real a la velocidad de las centellas y..., en menos de un ¡zas!, esa figura nítida estaba apoyada en la pared mirándola de forma lastimera. A Ivanna la pilló a medio tequila; se atragantó del susto y vomitó por exceso de cosas vistas e ingeridas.

—¿Se puede ser más patética?

Prefería mirar el suelo infecto y cubierto de vómito. Prefería arrastrarse con aquel hedor perforando sus fosas nasales que alzar la cabeza y enfrentarse a lo que parecía real, aunque fuera de locos. Decidió sentarse en el sofá en cuclillas y ventilarse la botella de tequila de un plumazo. «¡Beber para olvidar!». Antes de separarse apenas había tomado una caña en compañía y de cumpleaños. No le gustaba beber, dos años después era su anestesia y su método para vencer el insomnio y la consciencia.

—Yo que tú... no lo haría. Tenemos que hablar de muchas cosas y ya estas demasiado ebria.

Con el brazo empinado y dispuesta a rematar la faena para terminar con aquel desdoblamiento absurdo, sintió una contrafuerza que le impedía la gesta. Luchó como una valiente para cumplir con su cometido. Mantuvo una especie de pulso suspendido que terminó con la botella de Don Gilberto a lo doble mortal, rociándola entera hasta impactar con el suelo a prueba de todo.

—Enciendo una cerilla y... ¿terminamos con todo?

—¿Quieres dejarme en paz? ¡No eres real! Y tú y yo no estamos hablando. Estoy borracha y se me han cruzado un poco los cables... ¡Nada más!

—Te has pasado casi dos años utilizando mi nombre, haciéndote pasar por mí, construyendo mis pensamientos, utilizando mi gracia, mi descaro y... ¡mis ganas de vivir!

Ivanna sintió una puñalada en el estómago. Eso había sido un golpe bajo. ¿Vivir? ¿Qué quería decir aquel personaje cruel con eso? ¿Acaso no se había tragado su pena y sacado la rabia para sobrevivir?

—¡Qué sabrás tú del mundo real!

—Vaya, al fin un poco de carácter... Lo habrás aprendido de tanto escribirlo.

Se encendió un pitillo y expulsó el humo con insolencia y disfrute. Con media sonrisa, la invitó a compartir cigarrillo. Ivanna la miró con los ojos fuera de órbita. Era exactamente como se la había imaginado. Ni delgada ni gorda, con curvas, pechos resultones, boca grande, nariz afilada y ojos tan vivos que invitaban al descaro. Rubia —¿para qué ponerla morena como ella?—, Vania le sonreía en silencio; apuraba el cigarrillo plácidamente, reposaba en la pared media espalda y jugaba con el tacón de aguja de su pie izquierdo como si fuera un compás. Estuvieron varios minutos en silencio, Ivanna la examinó como la pieza de un museo... ¡Era perfecta! Como ella la había creado, la misma cara que utilizó para el blog (una foto suya metamorfoseada hasta ser irreconocible con un programa de esos que crean avatares de lo real).

—¿Vas a seguir así mucho tiempo? ¿Quieres examinar también mi dentadura?

Ivanna se dejó caer en el sofá, rendida ante aquella aparición. Alucinada por lo real, pero descolocada por la falta de sentido. ¿Qué significaba esa aparición mariana? ¿Había abandonado la tierra de los cuerdos? Empezó a sentir un sudor frío, sus manos comenzaron a temblar y su estómago, no pudiendo soportar ese nuevo golpe de irrealidad, dio un violento viraje. Corrió hasta el baño y se arrodilló como pudo en el inodoro para echar todo el exceso tóxico. Estuvo potando hasta que le dolieron las tripas y las amígdalas. Abrió la ducha y se metió vestida, sin pensar, poseída por la aparición; cada vez más convencida de que su mente se había vuelto del revés.

Siempre había temido la soledad e imaginado su triste destino: perder la chota y ser encontrada muerta dos semanas más tarde de palmarla. No deseaba terminar todavía, no es que viviera a tope, pero le apetecían unas cuantas horas más de chat y rodearse de cachivaches extraños comprados por Internet. «¡Cada cual con su vida y sus aficiones!». Se quitó toda la ropa en la ducha, se frotó con fuerza para quitarse la mala onda y, de paso, el frío en el cuerpo. Si el agua encogiera, Ivanna habría salido de allí con talla de pigmeo. Revolvió los cajones hasta encontrar su pijama de la suerte: pantalón de rayas azules y blancas y camiseta azul celeste. Vivir sola hace que acumules manías, rituales e intolerancia. Por suerte, lo tenía limpio, ¡buena señal! Como si el baño hubiera surtido un efecto vigorizante, recogió la buhardilla cual conejita Duracell; sin pausa y sin atreverse a mirar a la invitada, que fue cambiando de posición y observando divertida la escena. Después de casi dos horas de marcha sin parar, se dio cuenta de que nada había cambiado; Vania seguía allí, sin cansarse ni impacientarse. «Cuando uno se vuelve loco... ¿existe el tiempo?». Sintió que sus fuerzas comenzaban a flaquear, dejó que su cuerpo gobernara la perturbada mente. Se desplomó en el sofá como una bolita con una taza de infusión Duerme Bien, esperando a que la otra hablara y desapareciera para siempre.

—Me has obligado a hacerme real, ¿lo sabías?

Ivanna la miró sin dar crédito a lo que veía y oía. Vania se sentó frente a ella, en el puff de potrillo y le echó la charla de su vida. Su propia creación había traspasado el mundo imaginario para salvarla.

—¿Adónde creías que ibas a parar con todas esas pastillas y el alcohol?

Lo cierto es que últimamente mezclaba con ligereza pastillas de contrabando *on line* y alcohol sin apenas pestañear. Llevaba unos meses en que las noches le pesaban y no conseguía dormir sin anestesia. Quizás fuera verdad que aquella noche Vania apareció para evitar lo peor, quizás fue la propia imaginación de Ivanna que supo cómo encontrar una salida que no fuera la propia muerte. Fuese lo que fuese, fue el principio de un desdoblamiento diario al que Ivanna se acostumbró. La nueva compañía la aprovechó para escribir y contestar con más descaro el blog.

El número de visitas creció hasta colocarse en los primeros puestos de las listas de más visitados. Su cuenta corriente comenzó a subir por los anunciantes y por la revista *CoolFemme*, que la incorporó como sección fija y blog. «¡El sueño de toda bloguera!». Parecía que la vida le sonreía; podía tener más sexo cibernético, realizar más compras de exóticos cachivaches como la minilámpara mesilla de noche de Kung Fu Panda. ¡Adoraba aquel dibujo, porque desafiaba a

la gravedad!

Se sintió feliz con Vania por la casa, acompañada. Más audaz, mordaz y picante escribiendo. Todo parecía perfecto hasta el preciso instante en el que sonó el activador de correo entrante y apareció en su buzón la noticia. ¡Bomba!

Querida Vania Ventura (No sabían que la real era Ivanna y no Vania):

Ha sido galardonada como la mujer del año 2013 por los Golden Prizes. Esperamos que asista a la gala de premios el próximo 27 de octubre en el Hilton Plaza de Nueva York. Esperamos que confirme su asistencia... Bla, bla, bla...

¿Los Golden Prizes? ¿Mujer del Año? Le fue imposible volver a leer el mensaje sin que se le nublara la vista por los nervios. ¡Doscientos mil dólares de premio, una semana en la Gran Manzana y gratis en el Hilton! Cualquiera habría dado un salto de alegría o se le habría parado el corazón del gusto. Cualquiera menos Ivanna, que no sabía cómo encajar la noticia. Debía contestar, pero no podía confirmar asistencia... Debía pensar rápido una excusa, pero eso significaba perder el galardón y aumentar las sospechas. Durante dos años, todo el mundo se había tragado el misterio, la insociabilidad, incluso encontraron interesante el anonimato... Pero ser la Mujer del Año de los Golden Prizes y no acudir...

Ese día necesitó aire fresco. Salió a la calle con su viejo abrigo de lana verde botella de mercadillo, sus botines de piel machacada y su gorro a rayas... Caminó sin rumbo por esa ciudad que, a pesar de haberla visto nacer, le era desconocida. Torció esquinas, descubrió escaparates, pisó chicles y chutó algún que otro papel arrugado sin más misterio que una publicidad descartada. Caminó hasta sentir el frío en pies y manos. Fue entonces cuando se detuvo en la primera puerta abierta y se tomó un chocolate en la barra de un bar, con cuatro hombres dándole a la cerveza y otro a la máquina tragaperras.

«¿Dónde demonios estoy?».

Andaba perdida, desorientada y recuperándose de un medio ataque de ansiedad. Al separarse, no solo lanzó el anillo de bodas por el retrete, sino también los antidepresivos y píldoras con efecto de alegría reparadora. Nunca hasta ese momento los había echado de menos. Al sudor frío en los nudillos se le había unido la sensación de encogimiento prematuro, de disminución de centímetros a cada paso hasta no rebasar más allá de un peldaño. ¡Los Golden Prizes! En ocasiones así una se tira la tarde hablando por el móvil y dejándose agasajar por elogios escupidos y llenos de baba envidiosa. Con noticias de menor calibre se descorchan botellas de champán y se brinda hasta perder la consciencia. En momentos así se hace cualquier barbaridad menos estar en un

bar de mala muerte tomándose un chocolate que contiene más cemento que cacao. Aunque poco glamuroso, Ivanna eligió ese tugurio para sentar su culo helado y dejar que el pánico activara su riego sanguíneo.

«Cuando se entere Vania... Pero ¿qué narices digo?».

No tenía alternativa y lo sabía. Demasiado generosa había sido la vida con ella como para que no se volviera en su contra con la fuerza de un bumerán. «Acudir... ¡No puedo acudir!». Era peor en ese caso el remedio que la enfermedad. Nadie en su sano juicio, echándole un ojo y por su facha, podría creerse que detrás de esa que dice ser Vania no hay más que una estafadora. No sabía moverse, ni andar con tacones, ni llevar un vestido ajustado —el último... ¡el de su boda!—, ni tener el porte, la clase y el descaro que una posee por ser la Mujer del Año 2013 de los Golden Prizes. Reconocía que era una estafadora, que no era lo que escribía, ni se llamaba Vania, ni ejercía un poder enigmático sobre todo ser viviente que se le cruzara. Era Ivanna, una de las que cuando te cruzas con ella, si puedes, la apartas y con la que si te ves obligado a compartir mesa evitas hablar poniéndote a jugar con el móvil o leyendo una revista de las gratuitas. «¿Y si digo que no?». La revista *CoolFemme* la podía demandar por farsante, sus fieles seguidoras más de lo mismo, los periódicos se harían eco, su ex su reiría de nuevo, la meterían en la cárcel en una celda aislada y sus padres, con un suspiro de resignación, aceptarían ese final para su única hija.

¡Estaba perdida! Hiciera lo que hiciera iba a presenciar su propio asesinato, su muerte en vida de nuevo, pero con consecuencias más graves que su divorcio y la burla masiva de las amistades. Esta vez había cruzado la línea de lo legal, se había pasado de lista. Había confiado en eso que llaman justicia divina, donde la vida te recompensa, te permite triunfar para que la venganza se pueda servir en plato frío. Había sucedido todo lo contrario, el mazazo en forma de premio prestigioso de mujer del año de doscientos mil dólares le había recordado que ella era de las que cavan bajo tierra.

Apuró su vaso de todo menos de chocolate y siguió pensando en la alternativa menos mala. «¿Y si desaparezco sin dejar rastro?». ¿Quién sabía de su existencia? Nadie la había visitado en ese tiempo, excepto el paquetero calvo y casado que dudo se acordara de ella. «¡Mis padres!». Los únicos que sabían que andaba viva, aunque dudaban si cuerda. Si ella desaparecía podrían someterlos a un duro interrogatorio, llevarlos a una sala lúgubre solo iluminada por una luz de flexo y torturarlos hasta morir, porque nadie en su sano juicio podría creerse que unos padres adorables puedan saber tan poco de su hija. Asustada por su propia cadena de pensamientos, Ivanna renunció a la huída abrupta por ellos, porque

aunque en su propia infancia también fuera una niña ignorada, esos seres no tenían la culpa de que su propia creación se hubiera creído con derecho al éxito en vida.

«¿Qué es el éxito?».

No sentirse fuera de todo, una mota de polvo que todo el mundo quiere quitarse de encima; dejar de ser invisible; tener con quien tomarse unas cañas y soltar una carcajada espontánea y sonora. Ivanna practicaba dos veces por semana su risa para que, cuando la pudiera compartir, no se le hubiera olvidado. Colocaba el taburete frente al espejo y durante diez minutos simulaba diversión. Al principio le costó encontrarlas; las ganas y la carcajada. Pero en seguida se puso a tono, tanto que era capaz de soltar una en cualquier ocasión e incluso provocarse un auténtico ataque de risa. Se había vuelto una experta en encontrarle el lado divertido o patético a la vida. Al fin entendió por qué una buena comedia esconde un tremendo drama. El humor fue su píldora para sobrevivir a la soledad, al fracaso y a cuarenta metros cuadrados que, más veces de las deseadas, se asemejaban a una pocilga.

—¿Piensas quedarte ahí toda la tarde?

—¿Vaaania?

Ella también había salido de la madriguera y la había seguido hasta allí sin hacer ruido. «¿Habrás leído el mensaje? ¿Se habrá enterado de todo?». Los viejos seguían inmersos en sus cervezas y en un acalorado sinsentido político; La trapaperras engullendo monedas, el camarero lavando vasos... Nada parecía haberse alterado con la presencia de Vania. «Si fuera real..., todos esos se habrían girado y se habrían estampado los botellines en sus cabezas por la conmoción». Nadie más que ella generaba un impacto parecido, lo sabía porque no la había creado con el toque de la distinción pero sí de lo irresistible: a la mente y a cualquiera. Que nadie se hubiera girado, que ni uno solo de esos borrachos de barra de bar hubiera ladeado la cabeza, era la prueba irrefutable de que Vania no era real sino fruto de un enorme desdoblamiento de su mente perturbada. Llevaba tantos meses hablando con ella, compartiendo confesiones y viéndola a diario que había descartado la posibilidad de que Vania, su compañera fiel, no existiera más que en su mente. Aunque en esos momentos, podía ser más una ventaja que otra cosa.

«¡Tú tienes el poder, fuerza creadora, tú y solo tú!». Comenzó a repetirse esa frase de manual de autoayuda como un mantra para encontrar la fuerza que le ayudara a soportar la embestida de enfrentarse a su creación. Pidió una cerveza y se dispuso a ignorarla como lo que era, un ser inexistente. Se acercó al ludópata

que seguía dándole a la tragaperras.—¿Tienes para mucho?

No era que le importase pero necesitaba hacer cualquier cosa menos quedarse sentada y sentir la presencia de Vania. El desconocido la abrasó con la mirada, pero después de darle el repaso, hasta le hizo gracia que aquella mujer se hubiera colado en aquel antro pidiendo la vez para meter monedas en esa máquina que si algo no daba eran premios. Le mostró su mano izquierda con apenas seis monedas y se giró de nuevo al juego con una media sonrisa compartida. Recostada en la máquina y frente a ella estaba Vania, con la misma camiseta, los mismos pitillos ajustados y las mismas botas de aguja de siempre. Siempre hacía el mismo ritual, antes de liarla se encendía un cigarrillo y la tentaba para ver si volvía con el hábito-adicción.

—¡Nos vamos a Nueva York!, ¿no?

¡Cómo podía haber dudado siquiera un instante que su propia mente no intercambiaría información vital con su creación! A pesar del poco control de la situación, ella se reafirmaba con cada trago de cerveza en no ceder ni darle ningún tipo de explicación. Sorbió dos tragos más del botellín hasta apurar la última gota y se dio media vuelta hacia la barra, esperando su turno para la tragaperras. Sabía que Vania no la iba a dejar respirar, necesitaba ganar esa ronda. Ser fuerte y decidir sin presión cómo resolver de la mejor manera esa encrucijada. «¡Cobarde!». En el fondo de todos los fondos, deseaba estar en su madriguera, ser engullida y meterse debajo del edredón hasta desintegrarse. Todo lo contrario que Vania; seguía allí presente, esperando las felicitaciones y ponerse en marcha para los preparativos. ¡Al fin iba a ser reconocida, aplaudida y vitoreada por esa masa de fans anónima que la había hecho tan grande!

—Tú... ¡No te vas a ningún lado!

—¡Vaya! Hemos compartido la mierda y ahora los méritos pretendes que sean solo para ti... ¡Ni lo sueñes!

—No voy a ir a Nueva York ni a los Golden Prizes ni a recoger ningún condenado premio. ¿Me entiendes?

Por fin, los cuatro borrachos de barra dejaron de vociferar politiqueos y se giraron en escala curiosos por la escena de una mujer sola, bebiendo de un botellín ya vacío y gritándole al viento. Ivanna siguió a grito pelado ante la mirada atónita de los viejos, que no sabían si lo que estaban presenciando era una especie de brote psicótico y en un tris estarían llamando a la ambulancia porque aquella chica caería de un plumazo al suelo y empezaría a echar espuma por la boca. Ivanna siguió enumerando una a una todas las razones por las que no debía ir... Vania apenas intervino en la conversación. La dejó soltar todos sus

años de indiferencia, su miedo a ser ella misma, a ser repudiada de nuevo, rechazada por el mundo por ser sencillamente diferente, con un pie en la tierra y el otro... ¡a saber dónde!

El hombre de la máquina tragaperras había terminado y se acercó a Ivanna para recordarle su turno, pero al ver la escena esperó a que la cosa se calmara. Ivanna había entrado en un estado de enajenación, no era consciente del volumen de su voz, ni de los aspavientos, ni de que el botellín llevaba un buen rato sin cerveza o de que los habitantes del local estaban estupefactos con la escena. Verbalizó todas las razones por las que debía dejar pasar la oportunidad de su vida y se enrabietó por no ser como ella. «¡Vania, la perfecta imperfecta!».

—¿Me pones otro botellín?

Fue entonces cuando se rompió la magia, cuando el embrujo dejó la sombra y vio la luz. Los silenciosos espectadores fueron descubiertos por la primera actriz, que por poco se cae del taburete al saberse observada, escuchada y... ¿juzgada?

Después de medio segundo, el camarero le pasó otro botellín; ella tragó saliva y cerveza; al instante, escuchó lo que parecían aplausos. Estupefacta miró alrededor y comprobó que sus compañeros de barra la vitoreaban por la escenita que acababan de presenciar. «¿Están locos? ¿Qué hacen?». Después de aguantar un buen rato la reacción de su etílico público, se hizo el silencio. El mayor de los cuatro se acercó a ella y, sin dejar de sonreír, le dio un par de monedas.

—Yo que tú... ¡me lo jugaba a la máquina! Si te sale premio... ¡tienes que ir a recoger el otro premio!

Los demás compañeros se acercaron a ella y le dejaron otras dos monedas cada uno encima de la barra. «¿De qué va todo esto?». Pretendían que se jugara como a los chinos su destino fatal, pero en una máquina tragaperras.

—Me parece una buena opción. Si no suelta moneditas... me callaré y no volveré a tocar el tema

«¿Vania también?». ¿Cómo podía un grupo de pirados suponer que aquella máquina hecha para estafar le fuera a dar dinero con tan solo ocho oportunidades? Era cierto que un colgado llevaba parte de la tarde jugando y... ya había escupido algún premio. Le parecía absurdo hasta estar barajando seriamente aquella opción, pero quizás no era tan mala idea hacer algo para que Vania callara al fin. Decidió jugar. ¡Era caballo ganador! Todo iba a quedar en la anécdota de cinco borrachos y una loca. Decidió pactar: si hay premio, viaje a Nueva York y... ¡premio! ¡PREMIO! ¡PREMIO!

«¿Esto es una broma no?». Apenas había metido la primera moneda y apretado todas las teclas sin sentido alguno, la máquina comenzó a escupir

monedas sin parar ¿Podía alguien creerlo? Una sola moneda y el premio más alto de la maquina. Era la primera vez que ganaba algo en su vida y, lejos de arrodillarse a recoger las monedas..., salió echando hostias de ese bar, presa del pánico. No se detuvo hasta que el corazón casi le estalló de exceso de bombeo. Había hecho un pacto y su extrema superstición, acumulada de tantos años de soledad, le impedía romperlo por lo que pudiera pasar. Tenía que ir a Nueva York, pero necesitaba un plan y sabía que Vania entraba en él.

—Despieeeeeerrrrta! ¿Quieres llegar tarde después de todo?

Seguía en un rincón de la cama sin poder moverse. Necesitaba un respiro, un poco más de edredón y olvido para hacerse a la idea de que el tiempo pasa tan rápido que los días que no deseas que lleguen llegan mucho antes de lo que deseas. «¡Maldito tiempo relativo!». Vania no dejaba de llamarla al orden, sabía que debía hacerlo, que no había vuelta de hoja, pero estaba sencillamente bloqueada, presa del pánico. Empezó la cuenta atrás para armarse de valor. Comenzó en el cien y llegó hasta el cero, tiempo suficiente para repensárselo tantas veces como quiso hasta sentirse con fuerza de dar ese salto de la cama y meterse en la ducha para despejarse de resaca y acojone. No había llegado a cincuenta y ya estaba debajo del agua... fría, tiritando y gritando al mismo tiempo. Vania la esperaba al otro lado de la mampara con un kit de supervivencia preparado: tinte, pintauñas, pinzas de cejas y todo tipo de maquillajes que había comprado por Internet.

Después de dos semanas de minucioso entrenamiento... Había llegado el día de la transformación. Tenía menos de seis horas para ser Vania *¡la Guerrillera!* y meterse en un avión camino de Nueva York, el Hilton y los Golden Prizes. Solo necesitaba matizarse otra vez el pelo, arreglarse la uñas y maquillarse como había aprendido por videos de YouTube. Era cierto que en ese tiempo había experimento cierta seguridad y había pensado que, si Vania era fruto de su imaginación, con algo de trabajo podría conseguir que por una semana fuera su realidad; su ego escogido. Es decir, abandonar a la tragasapos, la ignorada y la friqui que se alimenta a base de Cheetos y Bocabits. No tenía opción y, al fin y al cabo, ella era la creadora absoluta de ese blog y de todo su contenido. «¿Qué importa si mi vida es diametralmente opuesta a lo escrito?». Sabía que nunca podría ser Vania al cien por cien, pero se esforzó por asimilarse en lo posible. Incluso se miraba al espejo y le costaba reconocerse. Más allá de aquel rubio, esos labios carnosos de carmín y esas uñas pintadas, Ivanna estaba

desconcertada con su mirada. En esas semanas había sufrido una inquietante metamorfosis; la aguantaba sin parpadear ni bajar la cabeza, achinaba de vez en cuando los ojos con cierto misterio y sabía guiñarlos con seductora picardía. Llevaba dos semanas pegada al espejo y, más allá de practicar carcajadas, intentó con todas sus fuerzas que Vania se metiera dentro de ella y poseyera su alma. Después de varios días de concentración y ruegos humillantes, se dio por vencida. «¡Esas cosas solo pasan en las películas!». No sin cabreo, volvió a intentarlo; sentarse frente al espejo y buscar dentro de ella.

Se examinó sin remilgos, se lamentó a gritos y con algún que otro llanto lastimero y, cuando no encontró más argumentos para autoflagelarse, comenzó a verse con la mente completamente agotada. En ese preciso instante, todo cambió. «¡Hay vida más allá de los reproches!». Se observó muchas horas en el espejo, jugó en silencio y sin juicio a poner carotas, a gesticular; buscó miradas, sonrisas, arrugas. En un silencio reparador, estuvo con ella misma como nunca lo había estado antes y, aunque esa paz le duraba lo que el juego frente al espejo, comenzó a sentir que podía lograrlo.

Llamaron al timbre. «¡El taxi ha llegado!». Corrió a mirarse al espejo de nuevo.

—Tú puedes... ¡Vamos! ¡No te cagues ahora!

Verbalizarlo le ayudó a bajar pulsaciones y comprender que había llegado el momento de echar la moneda al aire.

—¡Estoy lista!

Vania sonrió presa de la satisfacción, supo que esa primera noche de aparición mariana había merecido la pena. Ivanna era otra mujer, aunque ella todavía fuera incapaz de reconocérselo y prefiriese llamarse *Ensayo fallido de Vania*. Estaba lista para la aventura, estaba lista para salir al exterior sin píldoras ni exceso de alcohol ni abrigos dos tallas más grandes.

—¿Y ahora por qué te sientas? ¡Está el taxi en la puerta!

Ivanna retrocedió unos pasos con la puerta de la madriguera ya entreabierta. No podía creerse que una vez decidida y con la maleta a cuestas... la que se fuera a rajar fuera la Guerrillera.

—Ni por asomo... Si tú no vas, yo me quedo también.

—Ivanna, lo sabes... Y ya lo hemos hablado.

—¡Ese no era el trato!

Las dos se quedaron en silencio. El timbre volvió a sonar y la voz atronadora del taxista se coló llenando de lamentos la habitación. No había tiempo para jueguecitos, iba justa para pillar el avión y sabía que era otra prueba... ¡Nada

más! Miró a Vania con una amplia sonrisa de las que tanto había practicado, sonrisa de ganadora, y sin pensárselo, sin un ápice de duda, cerró la puerta dejando a su creación dentro. «¿Desde cuándo una creación necesita un medio de transporte para aparecer y desaparecer?». Bajó la maleta como pudo por las escaleras y se subió al taxi, dispuesta a disipar con encanto el cabreo del taxista y comenzar a practicar hasta llegar a su destino: ¡los Golden Prizes de Nueva York!

Era cierto que tenía mucho menos pecho y unas piernas no tan espectaculares como imaginaba la mayoría de sus seguidoras, pero empezó a creer que parecer un poco más «real» podía ser todo un acierto. Volar en primera le ayudó a sentirse alguien, importante sin más. El ambiente que se respira es de distinción, observar observas, pero con ese toque de indiferencia que da la ceja levantada y la boca medio ladeada. No quiso sobrepasarse con las azafatas por miedo a dar la nota. Pidió lo justo y se dejó llevar, copiando comportamientos vecinos. Por poco se accidenta con el asiento al intentar hacerlo cama. Por no preguntar, casi le quita un ojo al de atrás. Lejos de tener que disculparse ella, se disculparon los demás. «¡Así funciona cuando una está arriba!». Entendió que el poderoso no se doblega y, a pesar de haberla jodido, se mantiene erecto y con la vanidad de un vaso a rebosar. ¡Esa era la actitud! Se sintió algo extraña por recibir tantas justificaciones, tantas excusas por haber apretado ella el botón equivocado. Pero en un ejercicio de ser la mujer del año 2013 de los Golden Prizes que todos esperaban, permaneció en silencio escuchando las disculpas. Una adolescente la miró cómplice, divertida por la escena. Evitó el contacto visual a riesgo de tener que entablar conversación y evitar ser descubierta antes de tiempo. Simuló dormir como el resto, aunque por la tensión y los nervios solo consiguió dar vueltas y ver decenas de principios de películas. Al darse cuenta de que era la única que no dormía, pudo respirar plácidamente. Sintió que se desajustaba el corsé invisible y se llenaba de orgullo por haber pasado esa prueba. No daba crédito por estar allí, un cordero entre leones, sin ser descubierta. Sabía que era solo el principio y debía estar muy atenta.

A la salida le esperaba un *choofer* sujetando el cartel «Ms Ventura / Golden Prizes». Sin levantar la mano de la emoción, con la ceja elevada y la indiferencia de actitud se plantó delante de él y le cedió la maleta. Lo hizo exactamente como había visto en cientos de películas y... ¡funcionó! Se subió en una especie de limusina negra o megacoche, que para el caso era lo mismo. Estaba separada del

choofer por un cristal negro tintado, como las ventanas. Ivanna podía observar la ciudad sin ser vista. Se sintió nuevamente importante y se esforzó por seguir con esa estela de vanidad-poder- egocentrismo-seguridad-prepotencia-orgullo. ¡Esa era la clave!

El *choofer* detuvo el coche exactamente en el 1335 de la avenida de las Américas. En la puerta principal del imponente Hilton Plaza, sin tiempo a reaccionar, un pedazo hombre armario vestido con el uniforme de las películas —el del hotel— abrió la puerta de la limusina y, con una amplia sonrisa, le dio la bienvenida al hotel. Ivanna bajó como pudo, algo torpe; las piernas le temblaban del impacto y la sobreinformación. Supo mantener el medio porte sin que le temblara la barbilla ni se cargara ningún tacón al andar. Respiró a horcajadas y se dejó llevar en ese absoluto. «No tengo ni la más remota idea de qué hacer ni hacia dónde ir». Entró sin más y casi se cae de culo al ver el imponente vestíbulo de mármol y lámparas araña de cristal.

Los minutos que siguieron a la entrada del hotel, apenas los recordaba. Sufrió el llamado *blackout*. En apenas segundos, un grupo de gente se le abalanzó con bolsas, sonrisas y palabrería de bienvenida. Todo muy *trendy* y dulcemente postizo. Eran los de la organización de los Golden Prizes, los del hotel y algún despistado que la confundió con una estrella de cine y no dejó de hacer fotos hasta que consiguieron echarlo. Sin apenas abrir la boca y congelar la primera sonrisa que le salió, se vio en una *suite* con vistas, llena de bolsas, paquetes, flores y bandeja de frutas y dulces. Comprendió mucho más a Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Ese instante había sido mucho más revelador que las decenas de veces que había llorado con ella en su madriguera. «Pobre Audrey, lo que debió de sufrir!».

No es fácil asimilar los elogios, aparentar que todo está bien y que lo que sucede te lo mereces sin más. Salir del *blackout* la condujo a un poderoso ataque de pánico para terminar estrenando inodoro y quedándose un buen rato abrazada a él, petrificada. No era Vania, no tenía su poder ni su seguridad. Aquel exceso de atención la había sobrepasado. Una semana a ese ritmo era demasiado para que la simulación terminara con éxito y no en los titulares. Sintiendo extrañamente un mármol caliente en sus bajos, producto de la calefacción radiante, abrazada al inodoro y sollozando de impotencia como cuando engullía los dichosos helados de nata, se sintió una vez más una perdedora con ansias de rebelarse contra su destino. No era capaz de aguantar aquella presión de halagos, de mantener conversación de nivel GUAY con desconocidos altivos que se paseaban con un palo por espina dorsal. Sencillamente, no pertenecía a la tribu

de los de cara de afectación permanente e indiferencia ante los lujos. Ella era de las que se habría puesto a botar en esa maravillosa y gigante cama, habría encendido la chimenea dándole al interruptor, habría descorchado la botella de champán, se habría atracado a frutas silvestres y habría desabotonado al jovencito que le dejó la maleta en la *suite* y soltó un tímido «*thank you, Miss*» después de recibir cinco dólares de propina.

—¿Y ahora cómo salgo de esta? ¡Vaaaaaaaaniaaaaa!

Cualquiera que la oyera se creería que estaba de la chota, pero poco importaba dada la urgencia de la situación. Llamó desconsoladamente a su creación hasta casi perder la voz sin conseguir la aparición mariana.

—¡No vale abandonar ahora! ¿Me oyes? ¿Dónde estás? Sabes que no puedo hacerlo sin ti.

Le gritó, la buscó abriendo armarios y revisando las esquinas de aquella *suite* de doscientos metros cuadrados. No dio con ella porque Vania había decidido por sí misma. Una de dos: desvanecerse o quedarse en la madriguera. Le costaba entender que no fuera capaz de provocarse el desdoblamiento cuando sencillamente se encontraba en *instante perturbador*. Intentó calmarse deshaciendo la maleta. El orden siempre relaja las mentes en desequilibrio. Colgó vestidos, trajes y zapatos sin estrenar, con etiqueta incluida. Los había comprado a conciencia por Internet para la ocasión. No estaba segura de lo que hacía, cambiaba de opinión al instante, estaba atrapada en aquel lujo cegador. Inspeccionó las dos carpetas que una de las chicas de la organización le había dejado encima del escritorio. Una llena de recomendaciones; una completa guía de Nueva York con lo más *trendy* del momento. La otra... ¡una hoja de ruta! Toda la semana repleta de actividades para hacer en grupo con los premiados. «¿Convivencia en plan lujo?». No entraba en sus planes convertirse en *boy-scout* de Tiffany's ni descubrir el Guggenheim en compañía de unos esnobs que huelen los intrusos a kilómetros. No podía acudir, no debía relacionarse con ninguno de ellos y apenas ver al personal para evitar el retroceso. Decidió que lo mejor sería hibernar en esa *suite* toda la semana y solo acudir a la cena de gala de los premios. Debía inventarse una intoxicación, una enfermedad rara que te deja sin poder salir. «¿Una gripe?». Lo más común, pero en eso quizás está lo más efectivo. ¿A quién no le ha pillado una gripe incómoda en el peor sitio y momento? Media humanidad levantaría la mano y se compadecería de Ivanna y su mala suerte con el virus. Le pareció la mejor idea: ¡gripe! Y desaparecer del mapa hasta el 27 de octubre por la noche. Antes debía ser vista con síntomas; pálida, sudorosa y tos seca. Miró la hoja de ruta para elegir la actividad del día

en la que mostraría a los presentes su malestar general y febril. ¡Comida de bienvenida en el restaurante-mirador del hotel! El lugar ideal para dar rienda suelta a su plan. Sencillo en ejecución: cuatro cucharadas de algún sorbete puturrú y... ¡a la *suite* hasta la gala! Se metió en la ducha y eligió el traje de chaqueta gris de Carolina Herrera; elegante, sobrio y ¡ya! Su móvil comenzó a escupir pitidos sin parar, llamando al fin la atención de Ivanna que, por falta de costumbre, lo confundió con una alarma cualquiera.

«¿IVgirl está aquí? ¿En los Golden Prizes?».

Su rostro palideció y, al instante, empezó a humedecerse de sudor. «¿IVgirl?».

Cerró la maldita aplicación Hotsingles, uno de los chats más concurridos para ligar de Internet. Nunca hasta ese momento le había saltado la alarma del móvil; ni siquiera se acordaba de que la tenía en el móvil y con la pestaña de ubicación conectada. El terminal siguió vibrando y escupiendo ruiditos sin parar, Ivanna cerró los ojos y miró al techo. «Esto no puede estar pasando, ¡no puede estar pasando! No puede estar pasando...». Ante la insistencia de los mensajes y del mensajero Gato68, volvió a abrir el móvil con tal precipitación que se le cayó. Sin pensárselo lo chutó de la rabia y para que dejase de sonar. «¡Joder! ¿Será posible?». Hacía más de un mes que no sabía nada de Gato68, su amor cibernético. Nunca quiso practicar sexo virtual con él, porque sentía que podía ser capaz de romper su principal máxima: ¡jamás practicar un encuentro real con tus amantes de red! Gato68 era distinto, le erizaba la piel de forma extraña y se sentía terriblemente comprendida. Se dio cuenta de que apenas lo conocía; un empresario sin más y... ¡ni una sola foto! Al principio estuvo a punto de pasar de él. Después de unos cuantos acercamientos... o foto ¡o eliminar! Lo había hecho con todos, menos con él por una razón extrañamente desconocida. En ese preciso instante se arrepentía de no haberle dado al botoncito de la papelera.

Gato68: Hi, IVgirl. ¡Menuda sorpresa encontrarte tan cerca!

Gato68: ¿Estás en el Hilton?

Gato68: Yo de comitiva por los Golden Prizes...

Gato68: ¿Tímida o pillada? Ja, ja, ja.

Gato68: ¡Apuesto a que andas entre las premiadas! ¡Chica talentosa! Ja, ja, ja.

Gato68: *IVgirl, it's the right time!*

Ivanna tenía los ojos del revés y casi se ahoga por dejar de respirar. Debía responderle... ¿pero qué? El plan era que nadie supiera que estaba allí. «¿Quién sería de los premiados?». Sentía su corazón palpar de un modo extraño, provocado por un ser —hombre o mujer— que se escondía detrás de ese usuario. Estaba convencida de que era un hombre... siempre había hablado en masculino,

pero en la red... ¡todo podía pasar! Lo mejor era no correr riesgos, olvidarse de Gato68, no responder y seguir con lo previsto: comida y gripazo sorpresivo.

Silenció el móvil y desactivó la aplicación. Aunque no quería pensar, su cabeza se había encallado y no cesaba de repetir: ¡Gato68!

Sin acordarse de Vania ni de su pánico escénico, Ivanna tomó el ascensor con la actitud de una espía del antiguo KGB. Debía andarse con mucho ojo, no dar palo al agua, enfermar a la mínima oportunidad, pero antes tenía que descubrir al intruso Gato68. La única manera de tener el control era reconocerlo y mantenerlo a raya. Aunque no se hubieran visto la cara, ni apenas contado su vida terrenal, ambos sabían mucho del otro.

Una sonriente azafata llamada Mandy la llevó a la mesa central del restaurante. No eran asientos de libre disposición, cada uno de ellos estaba asignado a un comensal. Comenzó a sentir temblor en las piernas; por los menos había ¡veinte sillas! Mandy la dejó frente a su tarjetón «Miss Ventura».

Respiró hondo al tiempo que tomaba asiento. ¡Comenzaba la función! Se sentía un bicho raro, un corrillo de cuatro estaba frente a ella, de pie, entablando lo que parecía una divertida conversación. A su lado, una pareja sentada se susurraba al oído confidencias ¿maliciosas? «¡Mejor no llegar a los postres!». Tosió por primera vez, tosió intermitentemente durante minutos. Apareció Mandy con agua y un rostro de preocupación.

—¿Está usted bien, Miss Ventura?

—No lo sé, me siento un poco enferma. Quizás... la gripe.

Dijo la palabra gripe y la cabeza de Mandy retrocedió como un muelle.

—Hola Miss Ventura, soy Amanda Lobster, un placer conocerla

¿Amanda Lobster? La mismísima fundadora de los prestigiosos Lobsters Spa se sentó al lado de Ivanna. Seguía tosiendo cada vez con más fuerza y Mandy la excusó con Miss Lobster.

—*Take care, darling!*

No podía controlar la tos ni el pulso acelerado. Comenzaron a sentarse todos los comensales. Todos y cada uno la saludaron con entusiasmo. Ivanna apenas se levantó ni habló con ninguno. Adoptó la pose de ceja levantada y estar por encima de todos, simulando su resfriado y malestar. Intentaba reconocer a Gato68, y aunque tan solo había cinco hombres, ninguno le cuadraba con él. Ms Lobster fue la reina de la fiesta. Con su cuerpo fuera de los cánones de belleza, su voz ronca y profunda y su tosco humor, fue el centro de atención. El resto de comensales estaba cumpliendo el papel y esperando un despiste para clavar la mirada e inspeccionar al de al lado. Ivanna ejecutó su plan al milímetro; a media

comida y con una leve caída de ojos, llamó la atención de la pobre Mandy que, tomando distancia por precaución de ser infectada por el virus, le suministró una aspirina. Todos se dieron por aludidos, aunque solo Ms Lobster se solidarizó con ella en voz alta:

—Qué mala suerte, querida, ¡GRIPE en la semana de los Golden Prizes!

¡Bingo!

Al fin pronunciaron la palabra deseada. Tan solo le quedaba esperar unos minutos y emprender la retirada a sus aposentos. Todo estaba resultando más fácil de lo imaginado. Apenas nadie le dio conversación, incluso Dana Ferguson, la *top* que se sentó a su lado, no tuvo ningún remilgo en comer prácticamente dándole la espalda. Un par de «¡oh, lo siento!» y arreglado. ¡No fuera a contagiarse!

Llegaron los postres y las organizadoras repartieron el plan de actividades. Había llegado el momento de retirarse. No había localizado a Gato68, pero eso carecía de importancia; ¡era el momento de la OH (Operación Huida)! Llegada esa fase, Ivanna se sentía como pez en el agua. Se había pasado media vida excusándose de cenas, comidas, fiestas... hasta que consiguió que dejaran de invitarla, que dejara de sonar el móvil para un nuevo compromiso.

Avisó a Mandy, puso cara de desvanecida, bajó la cabeza, se secó los labios y hundió los ojos tanto como pudo. La pobre azafata la acompañó a los ascensores invadiéndola de lamentos y ofreciéndole sus servicios para lo que necesitara. Ivanna mantuvo esa pose de pollo desplumado hasta que las puertas del ascensor se cerraron por completo y comenzó a subir plantas. «Libre... ¡Al fin!». Una vez en la *suite* se desplomó satisfecha en la cama y, después de unos cuantos botes, se quedó dormida, sobrepasada por el esfuerzo y la tensión.

¡Cuidado con lo que deseas, porque puede llegar a cumplirse! Ivanna despertó creyendo que estaba dentro de su propia fantasía. Se sentía morir, enferma, con el cuerpo entumecido por el sudor. Ardía y sufría ataques de tos seca. Se levantó para ir al baño y apenas se sentía con fuerzas para llegar. El suelo de la habitación parecía estar inclinado, todo le daba vueltas. Tardó un tiempo en comprender que su lamentable estado no formaba parte de ningún sueño ni de ningún efecto de semisomnolencia, sino de su cruda realidad. «¿He pillado la gripe?».

Tenía el rímel corrido, el pelo lleno de nudos y temblores en todo el cuerpo. Deseaba meterse en la cama, pero el camino hasta llegar a ella prometía ser

laborioso —una enorme *suite* también tiene sus inconvenientes—. Llamaron al teléfono insistentemente y respondió a la cuarta llamada: ¿Mandy? ¡Ah, Mandy! Llevaba el día entero llamándola, ella y toda la organización. Habían pasado casi 24 horas desde aquella comida de bienvenida, desde su retirada por la retaguardia. «¿24 horas?».

Mandy le advirtió de que debía visitarla un doctor y que, de inmediato, pasaría el servicio de habitaciones para que comiera algún consomé. Antes de que le diera tiempo a colgar el teléfono ya llamaban a la puerta. Todo sucedía a una velocidad excesiva. Abrió la puerta dispuesta a salir de dudas: indigestión, gripe. Algún virus extraño. «¿Qué me pasa, doctor?».

El médico se tomó a conciencia el diagnóstico, prueba de ello fue que le realizó todas las pruebas posibles en silencio y sin avanzar conclusiones. Después de un tiempo difícil de medir dado el lamentable estado de la paciente, hubo respuesta. «¿Agotamiento crónico?». Había oído hablar de aquello pero nunca se lo había tomado en serio, más bien como una leyenda urbana propia de los que se quedan sin excusas para no ir a trabajar. ¿Qué significaba? ¿Cuál era la cura? El doctor fue muy claro y estricto en la explicación. Durante cinco días le recetó absoluto reposo: prohibidos los actos sociales y actividades que pudieran representar el mínimo estrés y apenas salir de la habitación; como mucho unos masajes en el hotel y... ¡ya! Dormir, comer y hartarse del propio descanso. Ivanna se había esforzado tanto en las últimas semanas para estar a la altura que por poco termina con su propia salud. Apenas pudo intercambiar una frase con el doctor, seguía somnolienta y necesitaba dormir más. Se despidió como pudo, tomó consomé como los bebés, casi llorándole a Mandy de sueño, y se fundió en un sueño profundo con la cuchara en la boca. Arduo trabajo y santa paciencia tuvo la joven azafata para sacársela de la boca sin partirle ningún diente.

Los días pasaron entre sueños, comidas, atenciones de Mandy, llamadas de ánimo de la organización y algún premiado. Poco a poco recuperó no solo las fuerzas, sino también el ánimo. Esos días de reposo se sintió cuidada y con poco le había bastado, porque llevaba años con la cantimplora de mimos seca.

Llegó el día D. Ivanna amaneció con la salida del sol. Sentía que aquello no solo la había curado por dentro, sino también por fuera. Sentía una extraña sensación de excitación en su interior que emitía sutiles vibraciones que le provocaban placer. Tardó un tiempo en descubrir qué le estaba sucediendo.

¡Hacia tanto tiempo de su última ilusión! Se había olvidado por completo de cómo se siente una ilusionada; como oler a hierba fresca o pisar tierra mojada después de la lluvia. Ivanna flotó, llegó hasta el aseo casi sin pisar la moqueta. Se preparó un baño regenerativo con los productos Vitality que Ms Lobster le había regalado generosamente y recetado para su pronta y perfecta recuperación.

Hacía años que no tenía el placer de bañarse, de sentir cómo la espuma le acariciaba la piel y preparaba los poros al placer del perfume. Metida en aquella gigante esfera redonda, volvió a ser niña, jugó con el agua bajo las burbujas, suspiró profundamente y cerró los ojos de puro placer. Lo que jamás podía esperarse es que, al abrirlos de nuevo y voltear la cabeza, tendría frente a ella y compartiendo baño a ¿*Vania*?

Por poco se desnuca del impacto o se le para el corazón por el suceso, emocionalmente muy estresante y contraproducente para su estado convaleciente. En defensa propia, recogió las rodillas y se puso las manos en los pechos. Vania, en cambio, abrió más las piernas y levantó un brazo tan alto que dejaba vislumbrar medio pezón por encima de la espuma.

—¡Por lo menos podrías comportarte! ¿A qué has venido? Ya no te necesito.

—Vaya... Seis días en Disney Luxury y ya veo tu metamorfosis.

—No te rías de mí, ¿sabes? Me he apañado muy bien sin ti y ¡puedo!

—Ya... deja que me ría. ¿Encerrada y aislada en una jaula de oro y sin comunicarte con nadie más que esa... ¡Mandy!

No entendía por qué Vania la estaba tratando de aquella manera. Al menos estaba en Nueva York y había sobrevivido a seis de los siete días. No como ella que, como las grandes estrellas, llegaba a última hora para recoger solo los vítores y... ¡para casa!

—No te necesito. Es más, sal de mi bañera, de mi *suite* y ni se te ocurra aparecer en la gala de los Golden Prizes.

Ivanna estaba decidida a hacerlo sin ella, a pasar de su propia creación o desdoblamiento. ¡No la quería a su lado! En menos de una semana había pasado de depender de ella a detestarla. Era consciente de que el cambio había sido algo brusco, pero era mejor que sentirse una esclava, un mísero peón de la creación.

—Sabes de sobra que no me voy a ir, que no me puedo ir y que... ¡Yo no he desaparecido! Simplemente no me has hecho visible. No me ha hecho falta. ¿Lo entiendes?

—¡No sé de qué hablas! ¿Quieres esfumarte de una vez?

El baño dejó de ser balsámico. Decidió salirse y dejar a Vania dentro. Era muy temprano y no estaba para sobreexcitaciones mañaneras. No quería perderse la

gala por nada del mundo.

—¡¡¡Eh!!! Cómo hemos cambiado, ¿no? ¡Menuda seguridad! Así que... ¡todo por y para la gala! En esas estamos... Muy bien, me tienes muy orgullosa, ¿lo sabías?

Ignoró por completo el discurso de pájara carpintera de Vania sin caer en ninguno de sus picotazos. Se vistió sin mirarla de soslayo y, cuando creyó haber triunfado, la muy z... había hecho saltar las alarmas contra incendios por encenderse un pitillo y soplar directamente en el dispositivo.

—¿Estás loca? ¿Quieres que me echen? ¡Apaga ese pitillo!

—Lo apago si le das una calada...

—¡Ni de coña!

Sabía que tenía poco tiempo antes de que aporrearan la puerta y la pillaran con las manos en la masa y el ambiente contaminado.

—¡De acuerdo!

Fumó. Fumó y aprovechó para darle una laaarga calada que le supo a rayos y a gloria. Fue ella la que se terminó el cigarro sin compartirlo. Nadie acudió a la habitación y la emergencia pasó en cuanto Ivanna dejó de echar el humo al dispositivo.

—Hacía mucho que no fumaba, ¿lo sabías?

¡Cómo no iba a saberlo! Vania lo sabía todo de ella, como Ivanna de Vania. Le entró la risa floja del mareo y la situación. Después de los cinco minutos de histeria no compartida, la miró dispuesta a entablar conversación con su desdoblamiento.

—No me he preparado el discurso. ¿Sabes por qué? Porque no quiero que sea una estafa. En el fondo creo que ni tú ni yo encajamos aquí, solo que tú... sabes disimular y a mí... me cuesta horrores.

—¿No te das cuenta que sabes hacerlo? Si yo puedo, tú...

—¿Quién eres tú?

Vania la miró fascinada con la pregunta. Al fin, Ivanna quería saber quién era aquel ser ¿inventado?, ¿real? Sentada al lado del retrete y después de lanzar la colilla dentro, volvió a preguntar.

—En serio... ¿Quién eres?

—¿No lo has entendido? Soy TÚ.

—¿YO?

—Sí, TÚ. Pero tu TÚ oculta, aquello que deseas tener, que deseas que salga pero no te atreves. Y sabes que ha llegado la hora de dejar de pisotearse, de sentir que te lo has ganado y que tu diferencia te hace única y tan deseada que te

asusta. Eres tú, la talentosa, porque yo soy TÚ, pero me rechazas, lo has hecho toda tu vida: eligiendo ese novio que te humillaba y te repetía lo inútil que le parecías. Y aunque te encerraste dos años en una madriguera, tu parte oculta, yo, salió en forma de blog y sucedió aquello que no esperabas porque siempre has rechazado: tu éxito. Ivanna o Vania, es lo mismo, pero necesitas saber que es una. No tienes más que desearme y no rechazarme. Tú eres merecedora de lo que te sucede... ¿Te atreves por fin a subirte a ese carro? Nos lo podemos pasar muy bien, te lo aseguro.

Ivanna escuchó a Vania sin rechistar, sintió cómo sus palabras ponían en funcionamiento un mecanismo, como las vías de un tren, como un circuito eléctrico que no marchaba desde que ella era pequeña. Recordó el día que creó a Vania, mucho antes que en su ordenador, con un lápiz y una tableta. Fue en clase de tercero, cuando ella confesó delante de todos sus compañeros cómo se sentía desde lo más profundo de su alma: una gran estrella. La respuesta fue una carcajada en grupo y un discurso de su profesora que la humilló, que la bajó a las profundidades de su ser y que, desde sus diez años, no volvió a sufrir; dejó todas sus ilusiones, toda su creatividad y toda su auto confianza le hizo prometerse en una celda imaginaria: encerró a Vania. Ivanna comenzó a sentir que aquella ilusión con la que se había levantado le recorría todo el cuerpo al comprobar, con la certeza del recuerdo de esa niña que confesó a todos «¡soy una estrella!», que ella ¡era Vania! Ivanna-Vania. Entendió que ella había provocado desde su parte oculta (Vania) que su felicidad llegara, que dejara de sufrir por miedo a sufrir. Ivanna comenzó a hilar pensamientos y vislumbró cómo el puzle encajaba por fin. Sintió un hormigueo en todo el cuerpo. Percibió cómo Vania se acercaba a ella mientras perdía nitidez hasta convertirse en un gran halo de luz que, en forma de estrella, de espiral luminosa, se coló por una de sus fosas nasales y fue recorriendo cada poro de su cuerpo hasta estallar en su interior. Como en las películas de superhéroes, al fin Ivanna se había reconocido con todo su poder y su complejidad. No es fácil ser una superheroína, pero era la única alternativa para no morir en vida. Aquella tarde apostó por la vida... Al fin entendió lo que Vania, lo que ella misma se dijo el día más bajo de su existencia, el día que se desdobló para sobrevivir.

Al fin reconoció sus ganas de vivir, a pesar de todos los miedos. Porque sin miedo no se vive ni se crea ni se siente. Ivanna, esa noche, fue la estrella que siempre había sido, al fin la dejó salir. Los Golden Prizes no fueron lo esperado, demasiado postín, pero ella se convirtió en real y apenas importó el discurso, la cena y el resto de premiados. Esa noche fue una celebración consigo misma, un

volver a ser la niña de diez años que sabía lo que quería y deseaba a pesar del mundo.

Ivanna volvió a casa con su trofeo, sus doscientos mil dólares, dispuesta a salir de la madriguera. Al fin, Ivanna Ventura se había convertido en IVgirl, su nombre de usuario, en la heroína que sueña y se arriesga con todo. No pudo localizar a Gato68, pero en el fondo supo que, tarde o temprano, encontraría a su Gato69 o Pantera, o León, o Elefante, porque ella ya se había reconciliado con su propia voluntad.

Sobre la autora

Sandra Barneda nació un 4 de octubre en Barcelona, donde se licenció en periodismo por la UAB. Ha vivido en Los Ángeles y en Nueva York. Desde pequeña quiso inventar, explorar e investigar. Empezó en el periodismo con apenas la mayoría de edad, en una emisora de radio a la que convenció diciéndoles que ella sabía hacer eso, apoyándose en las prácticas que había llevado a cabo en casa con un radiocasete y una grabadora. Actualmente es una de las caras de Mediaset España y presenta *El Gran Debate* y *De Buena Ley* en Telecinco. Es productora ejecutiva de Desalmados Producciones, S. L., donde ha producido documentales, publicidad y cortometrajes. Ha trabajado en Catalunya Radio, Antena 3, Telemadrid, 8tv, TV3, TV2 y Telecinco. Y ha colaborado con artículos en *Smoda* de *El País*, *El Periódico de Catalunya*, *Elle* y *Zero*. Viajera incondicional, en cuanto puede coge la maleta y corre a vivir otras realidades y a aprender de ellas para poder contarlas.

Twitter: @sandrabarnedaa

<http://sandrabarneda.com>



© 2013, Sandra Barneda

© De esta edición:

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978-84-8365-638-9

Imagen de cubierta: Getty Images

Diseño de cubierta: Compañía

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina

www.sumadeletras.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.sumadeletras.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.sumadeletras.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.sumadeletras.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.sumadeletras.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.sumadeletras.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.sumadeletras.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.sumadeletras.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.sumadeletras.com/can

26 avenida 2-20

Zona n° 14

Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.sumadeletras.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.sumadeletras.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.sumadeletras.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.sumadeletras.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.sumadeletras.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.sumadeletras.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.sumadeletras.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51